



**DIEGO
GENOUD**

**EL ARRIBISTA
DEL PODER**

La historia no publicitaria de Massa

ÍNDICE

1. La entrega anticipada	13
2. Los inicios	31
La nueva derecha en el horizonte	34
1991. La Juventud Provincial de la UCeDé	39
La conversión al menemismo	42
3. El salto del Tigre	45
Un hada madrina del PJ	48
La avenida de Palito	49
El peronismo de la reconciliación	54
4. La plata de los jubilados	57
El primer kirchnerista	60
La marca de la gestión	62
El <i>dream team</i>	65
Un mundo en tus manos	69
Del trabajo a casa	70
El que venía con la carpetita	71
5. Llegar, por todos los medios	77
Los dos Sergios	77
Vengan por las llaves del Grupo	79
El clan mendocino	83
Rendito	87
“Dales una señal”	89
Audiencia con el diablo	96

6. Quién lo banca	99
El pretendiente del <i>establishment</i>	110
La liga de los anfibios	120
7. La Miami del Conurbano	127
El barco del futuro	130
Nordelta y la senda del pasado	132
La fe de los emprendedores	135
El peor escenario	139
8. El falso profeta	143
Todos menos tú	145
“Te felicito, Oscar”	151
La foto que no llega	153
9. La emancipación	159
“Los titulares”	161
Los candidatos	166
10. La guerra contra los delincuentes	169
La saga de los implacables	172
La agenda de la gente	176
El crimen de Urbani	182
Cuchillo de palo	183
“Perdiste, Peti”	191
11. La Embajada	195
WikiLeaks, la madre de la mala leche	198
La cena de los Yacochuya	200
La convicción de Massa	203
El peronismo de Biden	208
12. La desconfianza	215
La ruptura	224
“Ofreceme una rotonda”	227
La rotonda	231

13. El impostor	235
El plan B	244
“Ventajita”	249
Horacio y María Eugenia	258
14. El arribista del poder	265
El conquistador	269
El conspirador	277
15. El tiempo de Massa	287
El nuevo orden	293
Pagar por oxígeno	295
La coherencia	301
Ministro y candidato	306
Agradecimientos	313

1. LA ENTREGA ANTICIPADA

–Vení para Libertador que estoy con Olmos.

–Dale, paso por lo de mi vieja y voy.

En circunstancias no deseadas, el día que tanto esperaba había llegado. El país estaba pendiente una vez más de su nombre. La renuncia de Martín Guzmán, uno de sus más grandes enemigos dentro del gobierno, le había dado la oportunidad que había perseguido desde el minuto cero de la gestión accidentada del Frente de Todos. Sergio Massa no se había quedado esperando. Al contrario, había trabajado sin respiro desde el arranque de la presidencia de Alberto Fernández y había creado las condiciones para lograr sus objetivos: primero, recuperar la confianza de Cristina Fernández de Kirchner, y segundo, convencer a la cúpula del gobierno de que el inexperto Guzmán llevaba al peronismo a estrellarse en una crisis terminal.

Guzmán había hecho pública su renuncia el sábado 2 de julio de 2022, en medio de un acto homenaje a Juan Domingo Perón que tenía a la vicepresidenta como oradora principal en la localidad de Ensenada. La herejía había terminado de enfurecer a Cristina y a su grupo de colaboradores más cercanos, pero además había dejado a Alberto desnudo como nunca en su fragilidad. Fernández había perdido su gran pararrayos, el funcionario sobre el que impactaban todos los misiles que apuntaban a Olivos.

La presión devaluatoria había escalado, la corrida cambiaria llevaba varias semanas y el ministro de Economía no solo no lograba frenarla: también tenía en contra a más de la mitad de la coalición oficial, que le reclamaba en público y en privado que diera un paso al costado.

Paralela al desgaste fenomenal del discípulo de Joseph Stiglitz y como parte de una misma coreografía, se multiplicaba la cadena de oraciones por la asunción de un Massa todopoderoso. Las consultoras del mercado, la amplia facción del *establishment* que lo respaldaba, medios de comunicación de todos los tamaños y los formadores de opinión que militaban por la suba de sus acciones habían desplegado un operativo formidable para convertir al presidente de la Cámara de Diputados en sinónimo de salvación e imponer su llegada como inevitable.

Las turbinas del portaaviones que Massa piloteaba se habían encendido con más fuerza que nunca y no había cómo desactivarlas. Las insistentes versiones de que el exintendente de Tigre asumiría al frente de un superministerio para revertir la crisis gobernaban la discusión política, mientras Fernández se aferraba a su ministro de Economía en un intento de preservar la cuota ínfima de autoridad que le quedaba.

El domingo 3 de julio, desde bien temprano, el gobierno de unidad peronista estaba en una emergencia que hacía temer el peor desenlace y toda la expectativa estaba concentrada en Massa.

Ese día, el entonces presidente de la Cámara de Diputados, que había sido el último en sumarse al Frente de Todos y había logrado constituirse en un actor imprescindible de la coalición, llegó a la Quinta de Olivos unos minutos después de las 11 de la mañana. Con los canales de noticias en la puerta de la residencia presidencial y la transmisión centrada en las definiciones que pudieran surgir del encuentro entre dos viejos conocidos, Fernández y Massa estuvieron reunidos durante casi tres horas y media, en una negociación tensa, hasta que decidieron entrar en un cuarto intermedio.

Pero poco después de las 14.30, cuando Massa se fue de Olivos por el túnel de la avenida del Libertador, la certeza de que algo no cerraba se expandió dentro y fuera del gobierno.

Ese domingo, como tantas veces, la negociación no era entre iguales. Fernández había tenido una relación ambigua con Massa en los quince años previos y había pasado de subestimar-

lo en forma manifiesta a cortejarlo en varias oportunidades. En efecto, estaba en una posición de fuerza cuando, tres años antes, había cerrado el pase del exintendente al Frente de Todos, pero ahora revelaba su extrema debilidad ante un obsesivo del poder que había visto elevar sus acciones en medio de la debacle de su propio gobierno.

Fernández era el presidente, pero era, sobre todo, un rehén: de sus propios errores, de sus socios políticos y de la negación que lo había llevado a no ver el callejón sin salida en el que se había ido encerrando desde antes de la derrota del peronismo en las fatídicas PASO de 2021.

El presidente no había logrado entablar un vínculo político con su gran electora, había pretendido negarle su enorme fortaleza relativa y se había encerrado en un grupo de leales a los que, sin embargo, tampoco prestaba demasiada atención. Treinta meses después de asumir la presidencia, se había aferrado a Guzmán como su última tabla de salvación y había resistido de mil maneras todas las presiones para entregar la cabeza de su ministro más importante. Pero, como en tantas cosas, se había quedado a mitad de camino y no le había dado tampoco las herramientas que el encargado de reestructurar la deuda y cerrar el pacto con el Fondo le venía reclamando desde hacía meses.

Massa emergía como el único actor capaz de asumir la crisis en medio de un inédito vacío de poder. Había contenido su ambición y había sabido ubicarse a resguardo, a la espera de su oportunidad. Guzmán había llegado al gobierno como producto de un punto ciego que la alianza todista tenía en un área crucial, y las mismas características que le habían permitido ocupar un lugar central –pese a haber sido un recién llegado– le jugaban en contra cuando sus planes empezaban a chocar con los límites de la realidad.

En un movimiento que le sirvió a toda la conducción del oficialismo para culpar a Guzmán y que todavía hoy se repite como explicación funcional al desastre general y la falta de política, Fernández había dejado trascender que su ministro más leal no le había avisado de su renuncia y le había clavado una puñalada

a traición. No era cierto. El presidente había sido alertado en varias oportunidades y había recibido un ultimátum la noche del jueves 30 de junio, cuando Guzmán le advirtió en Olivos, durante dos horas, que, si no había cambios, se iba del gobierno.

Fernández no entraba en el papel de víctima en el que había intentado ubicarse después de la renuncia de Guzmán, en una construcción que contaba con el apoyo excepcional de Cristina y de su hijo Máximo. Había asumido la responsabilidad de ser candidato a presidente sin haber ganado nunca una elección, sin haber conducido nunca nada y sin haber construido jamás poder propio. Pero una vez en el gobierno, había insinuado movimientos de autonomía que no se correspondían con su base de adhesiones ni con los apoyos de los dirigentes que lo respaldaban. Peor aún. Alberto sabía que la pesadísima herencia de inflación, deuda y recesión que había dejado la aventura de Mauricio Macri obligaba a discutir a fondo un programa económico, pero había subestimado de manera temeraria el tema, igual que lo había hecho toda la cúpula del Frente de Todos, en un acto de irresponsabilidad casi imperdonable. Ese desdén avalado con liviandad le había costado caro a todo el gobierno, pero a Fernández más que a nadie. En julio de 2022, ya era tarde. Fernández no podía darle a Guzmán lo que quería, porque también él había perdido el apoyo de Cristina.

Sentado frente a frente con un Massa que se había preservado de la confrontación interna y había logrado mantener su juego a dos puntas, Alberto era un actor que veía el precipicio a sus espaldas. Massa tenía casi todo para condicionarlo y podía exigirle todas las garantías que quisiera, porque el presidente estaba arrinconado y el tiempo le jugaba en contra. Ya tenía el Ministerio de Transporte, la caja de Aysa y el botín de Diputados, pero exigía mucho más. El exintendente quería absorber el Ministerio de Desarrollo Productivo y humillar a un Daniel Scioli que un mes antes había dejado la comodidad de su embajada en Brasil para acudir al llamado de Fernández y probarse demasiado rápido el traje de presidenciable. Pedía quedarse con el Ministerio de Agricultura del experimentado

Julián Domínguez, pedía tener a su cargo todo lo relacionado con la energía –cuando se especulaba con la creación de un ministerio en el área–, pedía la cabeza de Miguel Pesce en el Banco Central, pedía copar la AFIP y la Aduana, pedía jubilar a Gustavo Beliz de su rol de embajador paralelo ante Washington.

Y sin embargo, en ese instante, Massa no podía todo lo que quería. Por eso, el operativo salvación se demoraba. Entre las ofertas más tentadoras que el diputado hizo ese día en Olivos y no pudo concretar, estaba la de llevar con él al Gabinete a Emmanuel Álvarez Agis, un economista que era pretendido por todas las alas del Frente de Todos. “Yo lo convenzo”, repetía. Ya Santiago Cafiero, Leandro Santoro y una larga lista de enviados –incluidos algunos que actuaban en nombre de Cristina– habían intentado sin éxito incorporar al exviceministro de Axel Kicillof en el Palacio de Hacienda. Pero ese domingo Massa insistió tanto que hasta logró generar, en el mundo de celestinos que iba de Alberto a Cristina, la sensación de que Álvarez Agis iba a asumir la misión que le encomendaban.

Al caer la tarde, durante el segundo encuentro de Massa con Fernández, la versión corrió de manera muy intensa. Alberto llegó a decirle a Cafiero, su mano derecha, que la operación era inminente: “Él lo convence”, le aseguró. El canciller ya tenía su propio no y no creía que nada pudiera hacer cambiar de opinión al director de la consultora PxQ. Sin embargo, la hipótesis circulaba cada vez más fuerte y llegó a C5N poco antes de las nueve de la noche. Por precaución, esa vez nadie la difundió.

Álvarez Agis diría que no y permanecería en su rol de consultor del *establishment*. Pero su rechazo a la oferta en medio del tembladeral sería atribuido a distintas razones. Con diálogo regular tanto con Alberto como con Cristina, el exviceministro estaba convencido de que solo era posible hacerse cargo de Economía con un respaldo político de los dos socios principales de la alianza. Sin embargo, según repetía a quienes lo consultaban, la oferta que provenía desde Olivos podía resumirse en tres palabras: “Es sin Cristina”. Los colaboradores de Alberto y el propio Massa lo habían llamado de manera incesante durante

veinticuatro horas para sellar su pase, pero, como lo veían millones de personas a través de los canales de noticias, la vicepresidenta no estaba en la mesa de las negociaciones. Agis no estaba dispuesto. Al contrario, decía que la única manera de pasar una temporada en el quinto piso del Palacio de Hacienda era sentarse con un programa claro en Olivos en forma previa para someterse al escrutinio cruzado de Alberto y Cristina. Massa, un político, podía, en cambio, saltarse esa instancia y llegar con apenas un par de medidas pensadas para paliar la emergencia.

La corrida cambiaría que llevaba más de tres semanas había potenciado al máximo la campaña de promoción del titular de la Cámara de Diputados como el hombre destinado a ocupar un superministerio, pero la ofensiva para darle plenos poderes no era nueva. El propio Massa la había iniciado con apoyo de La Cámpora en una fecha muy precisa, septiembre de 2021, después de la catastrófica derrota del Frente de Todos en las PASO y del truculento *acting* de renuncia de todos los funcionarios nacionales que respondían a Cristina, con Eduardo de Pedro a la cabeza.

Massa invocaba la escuela económica de Roberto Lavagna en el pasaje armonioso del duhaldismo al kirchnerismo, pero se imaginaba con un poder similar al que había logrado acumular Domingo Cavallo durante el apogeo menemista. Quería ser un interventor del gobierno, más que un primer ministro, y concentrar casi todo el poder que se repartían entonces las distintas tribus de una alianza disfuncional.

Pero en aquel septiembre de 2021, las condiciones no estaban dadas para que el peronista que enunciaba parte de los mismos postulados que la oposición asumiera un mayor protagonismo. Confiado en que la historia le iba a dar la razón, autopercebido como un líder que podía decir que no, y sin querer ceder ante la presión de sus aliados, el presidente le envió en ese momento a su vice un mensaje fulminante, con un intermediario: “Avisale que yo a Massa no lo quiero en el Gabinete. Es como dormir con el enemigo”. Era su pensamiento más íntimo, porque conocía al personaje y porque todavía se creía en una posición de fuerza.

Desde entonces, las diferencias internas no habían hecho más que agigantarse. Mientras al lado del presidente remarcaban el repunte de la actividad económica, de la industria y la creación de empleo –muchas veces, de baja calidad–, desde la trinchera de la vicepresidenta disparaban con todo lo que tenían contra el ajuste que llevaba adelante Guzmán sostenido por Fernández. Alberto no escuchaba a sus enemigos íntimos, veía a Sergio diluido ante la expansión económica y se desligaba de un cuadro en el que su debilidad política era flagrante.

Cuando Massa se fue, en ese mediodía del 2 de julio, Fernández se quedó solo, rodeado de todos los fantasmas que lo remitían a finales traumáticos de presidentes vaciados de poder y de un grupo de incondicionales: amigos de toda la vida, políticos que tenían la suerte atada a la suya y funcionarios que debían permanecer a su lado por cuestiones operativas. Por distintos motivos, Santiago Cafiero, Julio Vitobello, Claudio Ferreño, Gabriela Cerruti y Gustavo Beliz estaban en ese grupo.

Sin hablar con la vicepresidenta desde un lapso de tiempo a esa altura incomprensible, Fernández comenzó a buscarle un sucesor a Guzmán y comprobó que no sobraban voluntarios para poner la cabeza en la picadora de carne de un gobierno que atravesaba una situación crítica en medio de una feroz disputa interna.

Cuando Massa volvió a Olivos, pasadas las cinco de la tarde y tras dos horas y media de ausencia, la esgrima que había protagonizado con Fernández durante la mañana se reeditó, a la orilla del abismo. La diferencia más grande no era por las fabulosas atribuciones que reclamaba Massa –Alberto estaba dispuesto a darle casi todo–, sino porque había algo esencial que seguía ausente de manera inexplicable: el aval de la vicepresidenta, socia fundadora y dueña de un incomparable caudal electoral dentro del peronismo y la base del triunfo del Frente de Todos.

Como en un juego de chicos en el que nadie cedía, Cristina llevaba meses sin hablar con el profesor de Derecho Penal al que había convertido en presidente, y reclamaba estar sentada a la mesa de las decisiones. Sin embargo, para Alberto las con-

secuencias de la ruptura eran más nocivas, porque no tenía la fuerza suficiente como para fingir demencia y seguir adelante con una cuota reducida de poder.

Entre la mesa de negociaciones de Olivos y la vicepresidenta había entonces un nexo principal: Máximo Kirchner. El líder de La Cámpora se había enemistado en forma absoluta con el presidente, pero mantenía con Massa una alianza fundamental, que se había constituido en una de las vigas del gobierno en el primer año de Fernández y había mutado después de su renuncia a la jefatura del bloque de diputados oficialista. El paso al costado del hijo de Cristina en rechazo al acuerdo que Guzmán había firmado con el Fondo había tenido múltiples consecuencias y había exhibido la fisura enorme entre los socios de la coalición. Pero en el terreno de la práctica había representado un paso atrás para Máximo –que era parte de la mesa más chica del poder desde diciembre de 2019– y le había hecho un enorme favor a un Massa que se había agigantado en su centralidad política y había quedado como único puente entre albertismo y cristinismo.

Las crónicas coinciden. El domingo 3 de julio Massa y Máximo hablaron varias veces por teléfono. El presidente y su círculo de colaboradores narraban la escena de una manera muy precisa. Decían que Fernández le había ofrecido al titular de la Cámara de Diputados que asumiera al frente de Economía y solo rechazaba entregar la cabeza de Pesce en el Banco Central. Lo que le pedía como condición *sine qua non* para entregarle la formidable parcela de poder que Massa reclamaba era una sola cosa: lo que él mismo no tenía.

–Traeme el apoyo de Cristina.

La coartada de Massa para asegurar que la venia de la vicepresidenta ya estaba dada era el diálogo permanente que había mantenido con Máximo durante las horas frenéticas de ese domingo. Pero desde el cenit del poder, Cristina exigía que la llamara el presidente y repetía un mensaje terminante a cada una de las personas que buscaban indagar en su postura: “No acepto intermediarios”. Ni siquiera su hijo val a en esas circunstancias en el rol de mediador o celestino. La jefa no objetaba a

Massa como interventor del gobierno, pero no iba a convalidar ningún movimiento por parte de Fernández si no era consultada en forma directa.

Las versiones difieren en algunos aspectos, pero todavía hoy Fernández asegura que Massa llamó desde Olivos a Cristina en más de una oportunidad y la vicepresidenta no lo atendió.

Mientras toda la expectativa estaba en el respirador artificial que el presidente buscaba bajo la operación de relanzamiento del gobierno, la opción Massa se diluía. Con 50 años –treinta y cinco de ellos, ligado a la política–, Massa era el único político capaz de arrojar sobre la granada de la economía, con una corrida espiralizada y un gobierno dividido.

La vuelta al mundo de la política que Sergio había dado en tiempo récord, tomado por su ambición ingobernable, lo había dañado en el aspecto vital que lo hacía diferente: su capital electoral. El mal cálculo de lanzarse a presidente en 2015 y no comprender que dos años atrás había sido apenas un vehículo para expresar el hartazgo y la rabia antikirchnerista había dejado al profeta de la avenida del medio licuado en la polarización y como socio menor de las dos fuerzas principales que dominaban la escena política.

Massa había pasado, sin escalas, de actuar como verdugo de Cristina a ser el jefe a medida que Macri soñaba para el peronismo, para después regresar diluido al útero materno del cristinismo. Dentro de una clase política dañada por el enfrentamiento endogámico y permanente en contextos de deterioro crónico para la mayor parte de la población, Massa se distinguía para mal. Su imagen estaba entre las peores y a la gente de a pie que alguna vez lo había votado le costaba horrores creer en su palabra. Los especialistas en *marketing* electoral analizaban resultados de *focus groups* y coincidían: ver a Massa en televisión alcanzaba para generar desconfianza.

Sin embargo, el destino, su resiliencia o su capacidad extraordinaria para reciclarse lo habían puesto una vez más en el centro. La oportunidad que había imaginado desde el minuto cero de la gestión Fernández le había llegado finalmente, pero en

una instancia de pura emergencia. Faltaban dólares, el mercado asfixiaba al gobierno con la presión devaluatoria, la economía se había quedado sin precios y existían dudas sobre cómo haría el peronismo para seguir adelante. Con un ADN a prueba de balas y la intención de resucitar su chamuscado proyecto presidencial, Massa era el único que quería ser protagonista de lo que venía y confiaba en sus propias fuerzas. Tras los años largos del kirchnerismo en el poder, el interregno traumático del macrismo y la deriva accidentada del peronismo de la unidad, la asunción de Massa encarnaba para muchos la última chance de la clase política tradicional para gobernar la crisis. La última estación antes de un desenlace fatal. Más aún, la singularidad de ese político que intimidaba como pocos con el poder empresario y la Embajada de los Estados Unidos lo convertía en el último esfuerzo de las élites dirigentes para eludir el colapso y el ajuste de *shock* que Javier Milei llamaba a ejecutar sobre las cenizas de la casta y la partidocracia. Para lograrlo, ese domingo 3 de julio, solo necesitaba lo que le reclamaba Alberto Fernández: llevar el apoyo de Cristina.

El exintendente de Tigre no lo consiguió durante toda la jornada. Cuando todas las alquimias fracasaron y se comprobó por enésima vez que la vicepresidenta no iba a delegar su autoridad para una reestructuración que no la tuviera en el centro de la mesa de decisiones, las tratativas entraron en un punto de estancamiento y Massa abandonó la residencia de Olivos pasadas las siete de la tarde. Afuera su nombre se utilizaba como sinónimo de salvación a los dos lados de la polarización mediática. Desde eventual jefe de Gabinete de un nuevo elenco de ministros hasta superministro de Economía, cualquier rol que fuera a ocupar sería positivo para la Argentina, se decía.

Dispuesto a conseguir lo que quería, apenas salió de la quinta presidencial, Massa comenzó a hacer llamados para completar su operativo de llegada a la cima del poder. Todavía creía que su alianza con la familia Kirchner y la debilidad del presidente lo ubicaban como número puesto para asumir. Entonces, marcó una vez más el teléfono de Máximo.

Massa estaba acompañado por Juan Manuel Olmos, uno de los políticos más poderosos del PJ porteño. Con una influencia que iba desde las esferas judiciales al mundo de los negocios y capacidad como para entenderse mano a mano con Horacio Rodríguez Larreta, el binguero Daniel Angelici y hasta el propio Macri, Olmos calzaba a la perfección en la descripción que el propio Máximo había hecho en el Congreso a fines de 2020, cuando afirmó que al jefe de gobierno porteño –que era muy antiperonista en el interior– le brillaban los ojos cuando veía a los dirigentes del PJ de la Ciudad. Olmos expresaba el vaivén del peronismo no kirchnerista: había estado enfrentado con La Cámpora, pero había sellado después un fuerte entendimiento con Mariano Recalde, se había acercado a Massa en su tiempo de antikirchnerista y se había reconciliado con Alberto Fernández justo antes de que fuera designado candidato a presidente por el dedo de Cristina. Esa tarde del 3 de julio, sin embargo, comenzaba a evidenciar lo que ser a su comportamiento de ahí en adelante. El jefe de asesores del presidente ol a que el poder pasaba a manos de Massa y se movía en esa dirección.

–Ven  para Libertador que estoy con Olmos –le dijo el exintendente al hijo de la vicepresidenta.

Se refería a las oficinas que el Frente Renovador tenía a metros del Patio Bullrich desde el tiempo en que Massa predicaba por la avenida del medio y que habían estado a punto de cerrar cuando la debacle electoral golpe  al candidato en 2017.

Del otro lado de la línea, Máximo respondió enseguida.

–Paso por lo de mi vieja y voy.

Pero el líder de La Cámpora nunca llegó. Massa y su equipo de colaboradores lo esperaban para seguir diseñando un operativo que se demorará más de lo previsto y tardará un mes hasta llegar a consumarse. “Cristina lo bajó a Sergio”, recuerda uno de los íntimos amigos del superministro sobre ese día crucial.

Si Máximo pas  o no por lo de su madre, resulta anecdótico. La primera ofensiva de Massa para asumir funciones plenas de interventor en el gobierno había fracasado, pero no alteraba la

cuestión de fondo. En ese vínculo estaba la llave del exintendente de Tigre para trepar a lo más alto.

Con el argumento de la afinidad generacional y el sedimento único de las relaciones de poder, Massa y Máximo habían sellado un pacto societario desde el primer minuto del gobierno del Frente de Todos, que sería decisivo en el tramo final de la gestión Fernández y abriría un escenario nuevo para un peronismo que durante dos décadas había quedado siempre subordinado al apellido Kirchner. Sin reparar en esa relación, no es posible entender cómo Massa recuperó, con esfuerzo y disciplina, la confianza de una Cristina que lo había visto operar en su contra en todos los frentes durante el auge de Macri.

Un rato más tarde, alrededor de las 20.15, Fernández produciría lo que a todas luces era un hecho excepcional y lograría finalmente, después de muchísimo tiempo, entablar una comunicación telefónica con su gran electora. Encerrado en su despacho de Olivos, el presidente le informó a su vice cuál era el menú de alternativas que tenía sobre la mesa, y el nombre que emergió de ese intercambio no fue el de Massa, sino el de una mujer, de historia militante y perfil técnico, que estaba dispuesta a poner la cabeza en la picadora de carne del todismo. Algo había cambiado en cuestión de minutos.

Silvina Batakis asumiría un papel ingrato, porque los mismos que la habían designado para hacerse cargo de la crisis económica en un contexto crítico muy poco después se revelarían dispuestos a destratarla de la peor manera. Las consecuencias no serían solo para Batakis, sino para la sociedad en su conjunto, porque, sin respaldo político, la ministra sería utilizada como un parche y su despido intempestivo, sumado a la renuncia de Guzmán, contribuiría a marcar el récord de inflación del 7,4% en julio de 2022.

A partir de las 21.30, cuando se supo que la encargada de conducir el Ministerio de Economía sería una mujer, el estupor fue generalizado. En C5N, los animadores amigos del presidente, que habían presentado durante todo el día el nombramiento de Massa como el ingreso al paraíso del volumen político, pasaron

a festejar la designación de Batakis y se olvidaron al instante del superministerio. El optimismo como religión, la negación como bandera.

Casi como si se tratara de un armisticio entre dos países en guerra, se dijo que Estela de Carlotto había sido la encargada de lograr el acercamiento entre Alberto y Cristina. Pero la realidad era otra. La presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo había sido una de las personas que le había pedido al presidente de mil maneras que retomara la conversación con la jefa política que lo había llevado a ocupar la responsabilidad más alta de su vida pública. Pero no había sido la única. Todo tipo de dirigentes le había suplicado a Alberto que recapacitara, después de haber quedado debilitado como nunca.

También desde la oposición reclamaban lo mismo. Lo incomprensible de la ausencia de comunicación entre los dos socios principales de un gobierno que iba camino a una crisis múltiple demandaba grandes personajes y hasta una pizca de épica para disimular el desastre gubernamental en las alturas.

Si Cristina repetía que no aceptaba intermediarios, Fernández no se quedaba atrás y especulaba con estirar su propia agonía y decretar un feriado cambiario para acoplarse al Día de la Independencia que se celebraba ese lunes en los Estados Unidos.

Distintas voces en el gobierno afirman que el diálogo se dio porque Cristina temió que Fernández renunciara a su cargo, una amenaza que más de una vez le escucharon al profesor de Derecho Penal sus colaboradores más cercanos.

Otros que ese día estuvieron junto al presidente en Olivos difunden una visión distinta de ese juego temerario. Un funcionario que conoce muchísimo a Fernández desde los tiempos del primer kirchnerismo lo definió así: “Ella entiende el poder como nadie y juega al poder en serio. Viene a 170 kilómetros por hora y vos ves que se va a matar. Entonces, sos vos el que tiene que volar”. En esa hipótesis, Fernández se vio cayendo al vacío desde lo alto y cedió para negociar con quien, después de haberle dado todo, había decidido negarle el saludo.

Massa quedó por un tiempo al margen de la escena principal. Sin embargo y como siempre, no se quedó quieto. Al presidente de la Cámara de Diputados, el tándem que Batakis insinuó de entrada con Daniel Scioli no le gustaba en lo más mínimo y comenzó a trabajar para dar el salto.

Tres días después, mientras la exfuncionaria de Scioli en provincia de Buenos Aires intentaba hacer pie en medio del tembladeral que habían provocado la renuncia de Guzmán y las horas posteriores de negociaciones inviables en Olivos, Alberto y Cristina se volvieron a reunir durante tres horas. Pero no lo hicieron con Batakis, sino con Massa. Del contenido de la reunión trascendió poco, porque tanto el presidente como el exintendente se allanaron a la lógica de la vicepresidenta y se resignaron a no difundir sus consideraciones entre periodistas amigos, como hicieron durante casi toda su vida. Sin embargo, las cuatro semanas de Batakis en el quinto piso del Ministerio de Economía sugieren que esa noche el trío de Olivos decidió tener la charla que el domingo no había logrado entablar y enterrar el proyecto de un sciolismo económico.

Batakis asumió funciones y contó con el apoyo inicial de distintos sectores del oficialismo que recordaban su gestión bonaerense, su condición de militante y su rol como número dos del camporista De Pedro en el Ministerio del Interior. Era extraño, tal vez una incongruencia más en la maquinaria narrativa de un oficialismo tomado por la contradicción, porque el discurso de la nueva ministra no se diferenciaba demasiado del de Guzmán. Al contrario, venía a iniciar un proceso de ajuste por decreto con el congelamiento de personal en el Estado y licuación de ingresos, un rumbo que la sobreviviría por mucho y que Massa llevaría a su punto más alto para cumplir con las exigencias del Fondo.

La ministra del *impasse* llegó a viajar incluso a los Estados Unidos para reunirse con las autoridades del Fondo Monetario Internacional y funcionarios del Departamento del Tesoro. Aterrizó en Washington el 24 de julio y hasta tuvo su encuentro mano a mano con la directora gerente del Fondo, Kristalina Georgieva. La agenda que diseñaron el embajador argentino Jorge Argüello

y el director por el Cono Sur en el organismo de crédito, Sergio Chodos, buscaba transmitirle al poder económico internacional la sensación de que Batakis era un proyecto serio.

Socio principal de la gestión Guzmán, Chodos había subsistido una vez más en un cargo que, en su caso, parecía nobiliario. Lo había ocupado durante el primer kirchnerismo, como línea de continuidad entre Amado Boudou y Axel Kicillof, y lo volvería a ocupar durante los cuatro años de los Fernández en el poder.

Bajo la creencia de que Batakis sería la ministra en la etapa que se iniciaba, Chodos convenció a Georgieva para que se quedara en Washington en los días finales de julio. Al final de la temporada en el norte, la economista búlgara tenía todo organizado para iniciar sus vacaciones en Grecia, pero la gravedad de la situación en la Argentina –tal vez el país que más la había ayudado cuando a fines de 2021 una investigación interna del FMI apuntaba a desplazarla de su sillón– la decidió a suspender su descanso por unos días.

Grandísimo responsable del endeudamiento demencial que contrajo Macri gracias a Donald Trump, su exsecretario del Tesoro Steve Mnuchin, y la gestión de Christine Lagarde y David Lipton en el organismo, el Fondo solo mantenía una línea de coherencia que se advertía en dos constantes: cobraba siempre lo que prestaba incluso de manera irregular, pero no quería quedar asociado a un nuevo desenlace traumático en el fin del mundo.

Con esa ventaja y un chiste que hacía alusión al origen griego de la sucesora de Guzmán, Chodos convenció a su amiga Georgieva para que aplazara el viaje a Grecia y escuchara a la mujer que –según decía la publicidad oficial– contaba con el apoyo de todos los sectores del peronismo.

La sucesora de Lagarde, una economista de especial llegada al papa Francisco, la recibió con el objetivo de estirar su sobrevivida sin imaginar que, en Olivos, el trío que la había dejado a cargo de la bomba hacía apenas veinticinco días la estaba sacando por la puerta de atrás.

Apenas cuarenta y ocho horas después de la reunión Georgieva-Batakis, Massa desmintió las versiones insistentes que lo señalaban como el nuevo ministro, a través de su cuenta de Twitter. “Veo muchos rumores y versiones. No tuve ningún ofrecimiento y recién quedé en charlar con el presidente @alferdez sobre la agenda de trabajo entre viernes y sábado”, afirmó. Una semana después, en un ejercicio de massismo explícito, asumió en el Palacio de Hacienda en medio de la euforia de sus seguidores.

Fue el 3 de agosto cuando Massa accedió al escalón más alto al que podía aspirar bajo el esquema del Frente de Todos. Lo hizo en un contexto endemoniado, con todos los desequilibrios a la vista y con una brecha cambiaria que rondaba el 120%. La devaluación que exigía el mercado –y Massa tantas veces había promovido en privado como salida virtuosa ante la crisis– esta vez era lo único que tenía vedado por la vicepresidenta. “Este barco se está hundiendo y yo no tengo escapatoria. Me voy a jugar para sacarlo a flote”, le dijo el nuevo ministro en esas horas cruciales a uno de los economistas que no quiso acompañarlo. Era una parte de la verdad.

La otra se podía advertir en las imágenes virales de la militancia del Frente Renovador, que se entregaba al clima de fiesta en la Casa Rosada. Era un contraste violento con la crisis que vivía el país y con la cara del presidente Fernández, invitado a lo que parecía ser su propio funeral político. Pero expresaba con nitidez la ocasión excepcional ante la que el massismo se encontraba finalmente, producto de la debilidad general de una sociedad de gobierno inviable, que ya había quemado todas las naves.

El presidente había rechazado el empoderamiento de Massa todo lo que había podido, consciente de que la asunción del exintendente era la consagración de su propio fracaso. Ambicioso, audaz y calculador, Massa tenía entre sus méritos el de haberse sentado a ver cómo Fernández se desangraba, mientras se resistía sin método ni astucia a ceder lo que le quedaba de poder. Ahora asumía en un rol que excedía al del primer ministro y se parecía al de un interventor con plenas funciones que arrancaba, al mismo tiempo, con el apoyo del poder económico y del Senado.

Era el gobierno por *default* del que había esperado su oportunidad agazapado, mientras los socios principales de la alianza se dañaban entre sí, sin beneficio de inventario. Era la entrega anticipada del poder que la vicepresidenta le obligaba a hacer a su elegido Fernández en manos de Massa, el político que tenía la ambición de ser candidato a presidente desde una década atrás, pero había cometido la herejía de emanciparse de CFK. Era la posibilidad cierta de que el peronismo de Cristina girara sobre sus propios pasos en la historia y comenzara a desandar el camino de dos décadas en la política. Era el salvoconducto para que la jefatura de La Cámpora dejara de denunciar el ajuste de Guzmán y pasara a fascinarse con la estampa de ese Massa que se movía como dueño entre las mesas del *establishment* escoltado por un fotógrafo propio. Era el pasaje de un populismo de larga duración a un experimento de poder que estaba dispuesto a arriar casi todas sus banderas con tal de no regresar a la intemperie.

Con Massa, el kirchnerismo renunciaba por un tiempo indefinido al ideario de los salarios altos y el repunte del consumo como motor del mercado interno y se rendía ante la necesidad de cumplir con las exigencias del Fondo que hasta muy poco antes maldecía. La fuerza que había dominado la política desde 2003 y que había resistido todos los ataques desde el exterior se reseteaba para transformarse en otra cosa de la mano del superministro.

Massa podía adjudicarse una mayor coherencia que la de sus aliados en el Frente de Todos, pero sobre todo podía afirmar que por fin había encontrado la manera de superar al kirchnerismo. No se trataba de denunciarlo desde el bando enemigo ni de atacarlo con las consignas de consumo fácil en el circuito chico del *prime time*. Massa había encontrado la piedra moviediza casi sin quererlo. Producto de sus fracasos electorales y sus errores políticos, había regresado a la costa de Cristina y había alumbrado una nueva fórmula, que nunca nadie había utilizado antes para sepultar al kirchnerismo duro. La manera de exterminarlo era opuesta a la que recomendaban los estrategas de

Juntos por el Cambio y a la que él mismo había ensayado, por todos los medios, durante seis años. No se trataba de demonizar al cristinismo, sino de asociarse con él en su momento de mayor vulnerabilidad y decirse dispuesto a cumplir sus designios. Llevar a los leales de CFK a rendirse ante la lógica del poder por el poder mismo. Dejar de combatir el espacio de la vicepresidenta con armas trilladas y abrir paso a una nueva experiencia de seducción: prometerle la salvación y destruirlo desde adentro.